



Facultad de Artes y Humanidades

**Tema:**

**El amor personal es principio, medio y fin de la formación de los hijos**

**Trabajo de Titulación para la obtención del Título de Licenciatura en Estudios Humanísticos**

**Presentada por:**

Sor María del Cisne Vega Toledo

**Tutor:**

Sor Lucía Boza

**Quito, febrero de 2023**

## RESUMEN

El presente trabajo quiere demostrar que el niño es sujeto de amor por el solo hecho de ser persona, por lo tanto, si el amor es lo más radical en la persona, conlleva formar a los niños con amor. De ahí que resulte importante el método de María Montessori como punto de partida para llegar al método del amor con el que se enseña a amar amando para reafirmar la persona del niño, integrando todas sus capacidades. En otras palabras, el método del amor que se propone facilita a que los hijos aprendan a hacer naturalmente el bien al otro y desviar la mirada a sí mismos, que es la raíz del amor propio y el más grande de los obstáculos en el crecimiento de la persona. En consecuencia, el amor personal es la clave para la auténtica formación de los niños y, por ello, los padres son los principales formadores de sus hijos, dedicación que, entre otras, representa la mayor de sus tareas. La grandeza del método propuesto permite deducir que el amor personal, es decir, amor que hace persona, abre al crecimiento tanto cuando se ama como cuando se es amado.

**Palabras clave:** Persona, amor personal, formación, niño, perfección, María Montessori.

## DECLARACIÓN DE ACEPTACIÓN DE NORMA ÉTICA Y DERECHOS

El presente documento se ciñe a las normas éticas y reglamentarias de la Universidad Hemisferios. Así, declaro que lo contenido en este ha sido redactado con entera sujeción al respeto de los derechos de autor, citando adecuadamente las fuentes. Por tal motivo, autorizo a la Biblioteca a que haga pública su disponibilidad para lectura dentro de la institución, a la vez que autorizo el uso comercial de mi obra a la Universidad Hemisferios, siempre y cuando se me reconozca el cuarenta por ciento (40%) de los beneficios económicos resultantes de esta explotación.

Además, me comprometo a hacer constar, por todos los medios de publicación, difusión y distribución, que mi obra fue producida en el ámbito académico de la Universidad Hemisferios.

De comprobarse que no cumplí con las estipulaciones éticas, incurriendo en caso de plagio, me someto a las determinaciones que la propia Universidad plantee.

*Sor Ioanna Maria de Jesús A.  
F. M. U.*

Sor María del Cisne Vega Toledo

C.I. 1717261935

## **DEDICATORIA**

A Dios Uno y Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Quien es Amor, en su Ser y Esencia. A Santa María de las Flores, Madre de la Unidad, Madre del Amor hermoso y mi Buena Madre. Y a mi Hogar de Bendición que me ha dado todo el apoyo para mi crecimiento volitivo, intelectual y espiritual.

# ÍNDICE

Resumen .....	2
Declaración de aceptación de norma ética y derechos .....	3
Dedicatoria.....	4
Índice .....	5
Introducción.....	7
Capítulo I	
La persona del niño.....	10
1. Algunas características personales.....	15
2. Método y antropología de María Montessori .....	18
3. El niño como sujeto de amor .....	20
4. Capacidades del niño .....	22
Capítulo II	
El amor personal en la formación.....	26
1. Los padres formadores de sus hijos .....	30
2. Enseñar a amar amando .....	35
3. Implicaciones finales de la formación con amor personal.....	37
Conclusiones.....	40
Referencias .....	42

## EL AMOR PERSONAL ES PRINCIPIO, MEDIO Y FIN DE LA FORMACIÓN DE LOS HIJOS

**Autor:** Sor María del Cisne Vega Toledo

**Correo electrónico:** madresdelaunidad@gmail.com

### **Resumen**

El presente trabajo quiere demostrar que el niño es sujeto de amor por el solo hecho de ser persona, por lo tanto, si el amor es lo más radical en la persona, conlleva formar a los niños con amor. De ahí que resulte importante el método de María Montessori como punto de partida para llegar al método del amor con el que se enseña a amar amando para reafirmar la persona del niño, integrando todas sus capacidades. En otras palabras, el método del amor que se propone facilita a que los hijos aprendan a hacer naturalmente el bien al otro y desviar la mirada a sí mismos, que es la raíz del amor propio y el más grande de los obstáculos en el crecimiento de la persona. En consecuencia, el amor personal es la clave para la auténtica formación de los niños y, por ello, los padres son los principales formadores de sus hijos, dedicación que, entre otras, representa la mayor de sus tareas. La grandeza del método propuesto permite deducir que el amor personal, es decir, amor que hace persona, abre al crecimiento tanto cuando se ama como cuando se es amado.

**Palabras Clave:** Persona, amor personal, formación, niño, perfección, María Montessori.

### **Abstract**

This paper aims to demonstrate that the child is a subject of love for the mere fact of being a person, therefore, if love is the most radical thing in the person, it entails training children with love. Hence, the method of María Montessori is important as a starting point to reach the method of love with which love is taught by loving to reaffirm the person of the child, integrating all his capacities. In other words, the method of love that is proposed makes it easier for children to learn to naturally do good to others and to look away from themselves, which is the root of self-love and the greatest obstacle to personal growth. Consequently, personal love is the key to the authentic formation of children and, therefore, parents are the main educators of their children, a dedication that, among others, represents the greatest of their tasks. The greatness of the proposed method allows us to deduce that personal love, that is, love that makes a person, opens to growth both when one loves and when one is loved.

**Key words:** Person, personal love, formation, child, perfection, Maria Montessori.

## INTRODUCCIÓN

Las circunstancias y el estilo de vida modernos que se han impuesto en la sociedad y, por ende, en las familias, manifiesta la necesidad de proporcionar orientaciones más eficaces para ayudar a los padres a involucrarse en la formación de sus hijos con un método que fuera innovador, aunque no desconocido: *formar a los hijos con amor*. Sin embargo, este método no es fácil de comprender, porque, para muchos, el amor no es necesario para crecer como persona y relacionarse, pues se lo considera como debilidad, fragilidad humana o mero sentimentalismo. Visto así, el tema del amor no puede ofrecer sino pobres soluciones que conducen sólo al sufrimiento o a la disminución del ser humano. Luego, ¿cómo puede ser el amor un medio para formar a la persona? ¿No es más bien útil que el niño sea fuerte antes que configurado por el amor para subsistir? ¿Por qué el amor? En fin, de todas estas cuestiones surge la pregunta de fondo que este trabajo pretendió resolver, *¿es el amor personal fundamental para la formación de los hijos?*

El interés por la presente investigación surgió, de la experiencia vivida en la catequesis del Buen Pastor impartida a niños de tres a seis años, en la que se aplicó el método de la Dra. María Montessori (1870 - 1952). Dicho método fue muy eficaz cuando se empleó fielmente los elementos pedagógicos propuestos por ella.

Por eso, en este interesante y fascinante tema: “El amor personal, principio medio y fin de la formación de los hijos”, se propuso el amor como clave de las claves para formar a los hijos (Melendo, 2011b, p. 22), fundamentado sobre sólidos elementos filosófico-antropológicos de la identidad personal.

Para esto, se presentó como objetivo general analizar los beneficios de formar a los hijos con un amor personal y, como objetivos específicos, conocer los elementos antropológicos de la persona que se deben atender para la formación personal del niño, partiendo de la visión antropológica de María Montessori; fundamentar el amor personal como fuente de auténtica formación; y, finalmente, analizar las implicaciones de esta formación en los padres. En forma transversal se abordó brevemente aspectos metafísico-antropológicos del bien, de la libertad y de la formación como tal, a fin de proporcionar una mejor comprensión sobre el estudio.

Lo delineado conllevó que el trabajo fuera estructurado concretamente en dos capítulos. El primer capítulo desarrolló *la persona del niño*, en el que se hizo un recorrido sintético de la noción de persona hasta llegar al concepto principal con el que se apoya la hipótesis de este trabajo. Se presentó las posiciones de autores como Rousseau y Nietzsche, mostrando las consecuencias de la distorsión de dicha noción y, luego, se describió *algunas características personales* que permitieran contextualizar, trascender y perfeccionar el contenido del método y la antropología de María Montessori, para demostrar la importancia de considerar al niño como sujeto de amor y así ayudarlo verdaderamente en el *desarrollo de sus capacidades*.

El segundo capítulo se concentró en la importancia *del amor personal en la formación*, iniciando el argumento mediante la exposición de las diferentes concepciones del amor. En este punto fue posible, también, contraponer los matices que presentan diversos autores, para descubrir el sentido más próximo a la realidad del ser humano en orden a la natural conveniencia que exige su dignidad como persona. En cambio, los subcapítulos son más bien de orden práctico, pues se ofreció ciertas pautas a los padres, como principales formadores de sus hijos, sin dejar de tocar aspectos fundamentales como el bien y la libertad. Además, se argumentó sobre lo esencial de *enseñar a amar amando* para, finalmente, recoger las *implicaciones de formar con amor personal* que recaen sobre todos los involucrados en ella.

El desarrollo de la investigación inició con un análisis crítico acerca de la persona y sus características, las mismas que están presentes en el niño y que es posible deducir de la visión antropológica que ofrece María Montessori al establecer su método. Si bien es cierto que la educadora italiana no se ocupó directamente de un estudio antropológico, sino más bien pedagógico, se intentó demostrar, de modo argumentativo y basado en la experiencia, frente a otras posturas, que sus afirmaciones brindan una buena dosis de elementos metafísicos para una adecuada forma de concebir al niño. Por último, se exponen las conclusiones correspondientes.

La importancia de este esfuerzo radica en la necesidad vital de reconocer la dignidad de la persona mediante una buena noción del término, porque de ella deriva una determinada noción de amor (segunda parte) que precede a toda actuación humana y da el sentido mismo de la vida a cada uno. Por eso, el ser humano es persona que se reconoce como ser en

relación, y la primera expresión, desde el punto de vista cronológico, se da en la dinámica entre padres e hijos.

# CAPÍTULO I

## LA PERSONA DEL NIÑO

La persona es el ser más excelente de la creación y su exaltación no hay que temer, pues su preeminencia se basa en la semejanza que tiene con su Autor, sin olvidar desde luego, la infinita diferencia que posee con Dios: “Persona significa lo que es más perfecto en toda la naturaleza, es decir, el subsistente en naturaleza racional” (Santo Tomás de Aquino, 1988 ST I q. 29, a. 3, obj.2). Naturalmente, cuando se habla de persona humana, se está describiendo acerca de un ser que *le ha sido dado*, una categoría superior con respecto de las demás criaturas materiales.

Ahora bien, para reconocer que “la persona es un bien tal que sólo el amor puede dictar la actitud apropiada y válida respecto de ella” (Wojtyla, 2008, pp. 27 y 28) es oportuno realizar de modo sucinto un recorrido en la historia del pensamiento sobre el término persona hasta llegar a su significado actual. Este itinerario facilitará captar mejor su relación con el amor y reconocer este último como herramienta natural indispensable para el desarrollo del niño.

Desde el punto de vista etimológico, persona viene del verbo latino *personare* que significa *resonar, hacer eco, sonar con fuerza*. A su vez tiene como raíz el término griego *prósopon*, que literalmente significa *aquello que se pone delante de los ojos*, es decir, una máscara utilizada por los actores en el teatro para lograr una voz más sonora, que sobresalga. Además, la máscara servía para manifestar la identidad del personaje representado. A propósito de este enfoque, se desprende, también, *per se sonans*, que se refiere a quien *posee voz por sí misma*.

Esta última definición es la que adopta el Derecho Romano para afirmar que la “«persona es sujeto de derecho e incommunicable para otro» (*persona est cui iuris et alteri incommunicabilis*)” (García, 2010, p. 126). Por consiguiente, la persona, en sentido jurídico, es un individuo humano que por su nombre es reconocido por la sociedad como sujeto de derechos y de deberes. Pero, tal reconocimiento estaba por debajo de las condiciones exteriores como, el linaje o la familia a la cual pertenecía. De ahí se sugiere que “el vocablo persona se halla emparentado, en su origen, con la noción de lo prominente o relevante” (Melendo, 1999, p. 20); dignidad, sin embargo, que aún no es aplicable a todo hombre. A

este punto, es preciso no olvidar que la afirmación de que *todo ser humano posee una especial dignidad* es un aporte del cristianismo, fundado en la revelación divina, que la persona humana es creada a imagen y semejanza de Dios (Gn. 1, 20. Biblia de Jerusalén, 1998).

Posteriormente al esfuerzo especulativo de los Padres de la Iglesia para utilizar adecuadamente la noción de persona, el término adquirió precisión gracias a Boecio con su célebre definición: “persona es el supuesto individual de naturaleza racional” (*Persona est rationalis naturæ individua substantia*) (Santo Tomás de Aquino, 1988 ST I, q.29 a.1).

La categoría de persona fue ampliamente utilizada por la escolástica medieval, pero, fue sobre todo Santo Tomás de Aquino quien, retomando la definición de Boecio, realiza una ulterior precisión mejorándola definitivamente -aporte trascendente-, pues denota que, “todo lo que subsiste en la naturaleza intelectual o racional tiene el aspecto de una persona” (1968 SG II, Libro IV c. 35).

El doctor Angélico sustituye sustancia por subsistencia. Explica que *persona* se usa para sujetos constituidos en dignidad y la cualidad más alta de esta dignidad es la de *subsistir como sujeto de naturaleza racional*.

Históricamente *prósopon* (identidad) equivalía al término *hipóstasis*, cuyo sentido original es *lo que está debajo*, es decir, sustancia, pero, según el sentido que con él emplearon los Padres de la Iglesia, ya no abstracto de *naturaleza* que significaba el vocablo *ousía*, sino como el de *subsistencia*, que concretamente significa *existir verdaderamente*, es decir, por sí mismo. Entonces, por combinación de *prósopon* e *hipóstasis*, persona adquiere un significado muy fuerte, porque indica que aquel ser es (existe verdaderamente) y posee una alta dignidad (identidad) que concierne estar dotado de espiritualidad. Con la especificación *individual* se quiere resaltar su *incomunicabilidad* y no que es individuado por la materia (Corazón, 2010, pp. 859-860).

La novedad de la definición que ofrece Santo Tomás de Aquino radica en que el término puede ser atribuido tanto a Dios como a las criaturas (García, 2010, p. 127). El término persona identifica de tal modo al ser que no puede perderla ni por causas internas (enfermedades) ni mucho menos por factores externos (leyes). De este modo, ser persona reivindica la dignidad del ser humano, es fundamento mismo de su ser y, por lo tanto, irrevocable en sus derechos y deberes ante la sociedad.

Con la escolástica nominalista y la filosofía empirista, las categorías aristotélicas de substancia, naturaleza o esencia son rechazadas o, por lo menos, cuestionadas. La clásica definición de persona es dejada de lado y puesto que es imposible llegar intelectualmente a la noción de substancia, únicamente se admite como válido el conocimiento accesible a los sentidos. Si la substancia es incognoscible, sólo se puede proponer su existencia, pero sin asegurarla. El racionalismo, por su parte, no puede entender la persona como una unidad substancial. Con Descartes, el “yo soy una substancia pensante”, la persona no se fundamenta en su ser personal, sino en su pensamiento y en ella subyacen dos substancias: *res cogitans* y *res extensa* (García, 2010, p. 128).

En breve, en la filosofía moderna, el término persona sufre una reducción con el retorno al pensamiento, a las ideas separadas de todo lo que es extramental, hecho que había sido superado por los Padres de la Iglesia. Descartes representa el hito principal del enfoque que predominará en adelante; la concepción de la persona sufre una ruptura en las facultades espirituales del entendimiento y la voluntad humanas, centrándose solamente en el intelecto: *cogito ergo sum* (2004). A partir de aquí, la persona queda encerrada en sí misma e inicia una lucha sin solución a fundarse a sí misma, es decir, a buscar elementos en sí mismos sobre los cuales pueda describir su ser. Esta línea es análoga en el materialismo, razón por la cual, éste evitó el concepto de persona.

La filosofía contemporánea lleva las afirmaciones de la modernidad hasta el extremo, disminuyendo aún más la dignidad de la persona, pues sostiene, entre otras cosas, que su radicalidad no se encuentra en el ser, sino en el obrar; no ya en el pensamiento, sino en la voluntad (Schopenhauer, Nietzsche) (García, 2010, p. 128).

Nietzsche (1844-1900), al igual que otros tantos pensadores -sin dejar de tener parte de razón como reacción por las concepciones o los extremos de su tiempo-, ha llegado al colmo de la destrucción de la noción de persona y, en consecuencia, a la distorsión e incomprensión del concepto de amor. Él defiende hasta el fanatismo la necesidad de volver al estado original del hombre, despojándolo realmente de su estado original, pues lo reduce a un simple animal que sigue inevitable e ilimitadamente sus instintos (Copleston, 2007, p. 315). Así, ser libre es sinónimo de actuar sin restricciones de ningún tipo, es decir, se trata de cultivar una actitud o disposición al cambio frente a la manera tradicional de vivir. En este sentido, las reglas o hacer las cosas como todos tienen una connotación negativa, y, por

lo tanto, es imposible construir un sistema de principios para la educación del niño, pues toda norma coarta la libertad del ser humano.

La rebelión nietzscheana es una crítica “contra todos los valores, normas e instituciones morales que el cristianismo enseña y la exaltación de los valores contrarios del egoísmo y los instintos naturales de fuerza y de poder que van a configurar la «nueva moral»” (Urdanoz, 1994, p. 494). Valores como el perdón, el amor, pensar en el otro, hacen débil al hombre, lo despojan del individualismo propio de su estado original. Por eso, fomenta el egoísmo (estar por encima de los demás y no pensar en el bien de los otros) como requisito para el despliegue del superhombre. Nietzsche con la idea del *Übermensch* creía estar cumpliendo la misión a la que estaba destinado: mudar la sociedad con la transformación de los valores.

El filósofo alemán termina provocando la más encarnizada destrucción de la persona y la negación del amor como el valor principal para su anhelada realización. Su misma vida y obras revelan que padecía de un desequilibrio psíquico manifestado en una fuerte megalomanía y desmedido egoísmo (Urdanoz, 1994, pp. 482-502).

Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) es otro pensador que permite resaltar los efectos que se siguen a la ausencia de un amor personal. Este autor ginebrés ha sido despreciado y hasta injuriado por filósofos importantes de su tiempo a causa de sus reacciones en contra del pensamiento materialista y antirreligioso de la época en que vivió. Sin embargo, sobre todo por sus escritos, ha tenido una gran influencia, potencialmente, en expertos de la pedagogía (Fraile, 1991, pp. 949-951).

Sus propuestas para la educación son bastante idealistas, pues está muy lejos de la verdadera formación que requiere el niño, esto es atender sus necesidades, protegerlo, comprenderlo y amarlo. Él mismo asegura en su obra *Emilio* que no sería capaz de formar a los niños directamente, por eso, propone, basándose en un personaje imaginario, cómo se debería educar a un niño. Rousseau revela en su trabajo que lo que anima su imaginación es fruto de una niñez y adolescencia frustrada (2010). Después de leer su obra se puede concluir claramente por qué él mismo no fue capaz de formar a sus propios hijos, sino que delegó esta responsabilidad a un orfanato (*Enfants Trouvés*), como narra en sus propias *Confessions* (Fraile, 1991, pp. 930-933).

Rousseau diseña su propuesta pedagógica teniendo siempre presente su hipótesis fundamental sobre la bondad innata de la naturaleza humana. En la primera etapa, que comprende hasta los 12 años, el niño, debe ser educado sólo a nivel corporal y la parte espiritual no es tomada en consideración. De este modo, el niño, partiendo de lo sensitivo, se va desarrollando sólo hasta que llegue a la edad de la razón. Se podría decir que lo que quiere es que llegue a convertirse en un perfecto animal, sin límites, sin reglas, sin costumbres impuestas, la única sería no tener ninguna (Rousseau, 2010).

Para Rousseau no hay actos libres, sino sólo instintos naturales en los hombres. La libertad no es un elemento con el cual el ser humano se perfecciona, sino una condición por la que se deja llevar por lo natural -desordenado-, que está muy lejos de la comprensión clásica de naturaleza.

María Montessori (1870-1952), por su parte, revela una mayor objetividad en lo que significa el estado natural de la persona humana y propiamente del niño. A diferencia de Nietzsche y Rousseau no ve en la disciplina ningún impedimento para el desarrollo de la libertad, al contrario, ésta permite al niño obrar sin salirse de los márgenes de lo que es verdaderamente natural, entendido como la tendencia hacia el bien propio -según los diversos niveles- que lo perfecciona; por eso, tiene como consecuencia una actuación espontánea, libre y alegre.

Nótese como la visión inadecuada de la persona sea, posiblemente, uno de los legados más dolorosos que ha recibido la civilización actual, aun cuando se presuma que “La nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre; la época de los humanismos y antropocentrismos” (Juan Pablo II, 1979a, p. 8). En efecto, en el tiempo actual, el hombre ha sido más despersonalizado que nunca. Por tanto, si se quiere trabajar en la solución de los diversos problemas que aquejan a la sociedad, se debe comenzar por aceptar el don de ser personas. Corrientes como el personalismo y autores como Juan Pablo II han aportado muchísimo para remediar esta necesidad urgente, mediante una concepción realista de la persona humana y la civilización del amor: “La persona es un bien respecto del cual sólo el amor constituye la actitud apropiada y válida” (Wojtyla, 2008, pp. 27-28).

Las visiones filosóficas que resaltan la persona, siguiendo la definición clásica, se dan cuenta que resulta reductivo definirla, por eso, más que delimitarlo conceptualmente, describen la grandeza del ser personal. Todos tienen en común que se trata de un ser distinto

del resto de seres de la naturaleza, porque posee una riqueza de ser, dotado de espiritualidad y capacitado no sólo para ofrecer bienes a los otros para relacionarse, sino que puede darse, sin perderse, como don al otro (Arocena, 2007, pp. 810-811).

A manera de síntesis se puede afirmar que Nietzsche, como otros autores de su tiempo, al distorsionar la visión de la persona y el rol del amor, apuntan a la despersonalización del ser humano, inclinándolo hacia el desprecio de sí mismo. La misma experiencia evidencia que el amor exagerado de sí mismo, es decir, el amor egoísta, conduce al ser humano a la ineludiblemente pérdida del sentido de su vida y, por lo tanto, a la desesperanza angustiosa sin retorno. Por eso, el amor personal no puede ser individualista, pues su característica fundamental es la capacidad que tiene el ser humano de salir de sí mismo hacia los demás, de ir al otro. En efecto, el amor es la fuerza salvadora que libera a la persona egoísta de sí misma.

Esto es confirmado por Tomás Melendo cuando afirma que amar es querer el bien para el otro, en lugar de amarse a sí mismo, como lo fomentan los autores mencionados. Y es que los mayores bienes que se puede desear para el otro *es que sea y que sea bueno* (Melendo, 2015, p. 5). Hay que tomar en cuenta que, recibir el ser, es fruto del amor de dos seres (los padres) y que la manera más efectiva de lograr que sea bueno es amándolo. Esto es justamente lo que se desea comprobar en este trabajo.

Una vez que se ha puesto en claro la noción de persona, a continuación, se indicará algunos rasgos de la persona que permitirán una mayor comprensión de la función del método del amor en la educación y formación del niño. Es, pues, en este marco que precisamente el amor es el acto principal con el cual puede la persona alcanzar su perfección (que se trata en el segundo capítulo). De ahí que la ausencia del amor represente, asimismo, el medio principal para su deshumanización, porque se animaliza.

## **1. Algunas características personales**

Con el término persona se quiere destacar “que el hombre no se deja encerrar en la noción «individuo de la especie», que hay en él algo más, una plenitud y una perfección de ser particulares que sólo pueden expresarse mediante el empleo de la palabra «persona»” (Wojtyla, 2008, p. 14). La novedad, la originalidad y la irrepitibilidad de la persona radica en que es un ser dotado de espíritu y el origen de su ser espiritual no puede provenir de sus

padres, sino que deriva necesariamente de un *Esse subsistens*, cuya esencia es su mismo ser porque posee en sí mismo la plenitud del ser.

Las notas características de la persona son innumerables y, como éste no es un tratado de antropología, no es posible abarcar todas, mas se intentará resaltar aquellas que tienen que ver con el ser personal de modo más radical. Es importante señalar estos distintivos de la persona, precisamente, por ser inherentes al ser personal y que, por consiguiente, dan soporte al obrar personal.

La *intimidad* es la dimensión por la que la persona se manifiesta y revela lo que es. Es apertura hacia el otro, por tanto, está lejos de concebirse que cuando se habla de intimidad personal se refiere a la autoconciencia o parte cerrada de la persona, ni que se agota en las potencias o facultades inmanentes como conocer y querer. Al contrario, es por ésta que la persona es capaz de abrirse y relacionarse con los demás en un acto pleno de libertad.

La intimidad humana, en su sentido más radical, es una dimensión del ser personal y opera como el necesario soporte de la operatividad de la persona, la cual se despliega en actos espirituales mediante sus facultades, y en los consecutivos contenidos de conciencia. Por tanto, lejos de definirse por lo oculto o lo recóndito, la intimidad personal no es sino la misma apertura esencial de la vida humana que se realiza como coexistencia. (Naval & Altarejos, 2000, p. 165)

Otra nota característica que constituye el ser personal es la *donación*. “Mostrarse a uno mismo y mostrar lo que a uno se le ocurre es de algún modo darlo: (...). La persona humana es, ante todo, efusiva, es decir, capaz de sacar de sí lo que tiene, para dar o regalar” (Yépez Stork, 1996, p. 41). Por su intimidad, es decir, por la riqueza interior que posee la persona, es que no sólo puede dar, sino darse al otro, lo cual no comporta pérdida alguna para su ser, al contrario, se vuelve un enriquecimiento intensivo y creciente. Pues por la donación se comunica la propia interioridad al otro y se recibe las riquezas del otro, y su incremento va acompañado de un constante crecimiento en la capacidad de relacionarse (Melendo, 1999).

El ser humano es perfectible por naturaleza, para lograrlo está la capacidad operativa que actualiza siempre a la persona. El modo por el que más perfección alcanza es por la

capacidad comunicativa y donal. Por consiguiente, el acto de amor es aquel acto con el que mayor perfección alcanza la persona y al mismo tiempo contribuye a la perfección de quien recibe la acción amorosa. De ahí que el individualismo y el egoísmo, por ser contrarios al amor verdadero sean, por tanto, totalmente opuestos al ser mismo de la persona. Como ya se ha visto, el individualismo ha sido demasiado fomentado por el modernismo, que no ha hecho otra cosa que llevar al hombre a su propia destrucción, es decir, a su despersonalización.

Todavía más, para que la capacidad de donación tenga una mayor eficacia es preciso una nota que está presente en la persona y que le ayuda a salir de los límites de la inmanencia mediante actos intencionales: *la trascendencia*. Ésta traspasa los márgenes del propio sujeto con el fin de orientarse al objeto. Por la trascendencia se reafirma la sociabilidad natural de la persona humana y se supera el individualismo o solipsismo, enemigo del amor humano (Naval & Altarejos, 2000, pp. 167-168).

A lo dicho se puede añadir que la persona es única e irrepetible, por eso no puede ser remplazada por nada ni nadie. En consecuencia, es posible asegurar que cada persona ocupa un lugar único en el mundo y que lo que ella es capaz de contribuir o dar, ninguna otra lo puede hacer, de modo que es un ser insustituible e incommunicable. En definitiva, la persona es un bien absoluto, una libertad que existe en ella misma.

Ahora bien, sin perder de vista que el objeto de este estudio es la persona del niño, todas las características que se ha descrito de la persona le son propias. No es que necesita crecer y llegar a alcanzar determinadas cualidades para ser persona. El niño, según María Montessori, es como una semilla que lleva virtualmente todo lo que será cuando crezca, lo único que necesita es que se le ayude a desarrollar todo su potencial interno y el mejor modo de lograrlo es el amor.

De ahí que el niño debe ser respetado y amado como persona y no visto como un instrumento del cual se sirven los padres, para satisfacer neciamente sueños frustrados o simples caprichos, ya que se trata de procurar su bien y no el propio. En conclusión, el amor efectivo al otro nace y se desarrolla de la conciencia que da la certeza del valor que tiene cada persona, cada niño, cada hijo. En efecto, “La persona es un ser para el que la única dimensión adecuada es el amor. Somos justos en lo que respecta a una persona cuando la amamos” (Juan Pablo II, 1994, p. 207).

## 2. Método y antropología de María Montessori

María Montessori fue médica, educadora, científica, filósofa, psicóloga, feminista y humanista italiana. Nació en Chiaravalle, provincia de Ancona, Italia, en el seno de una familia burguesa católica. Como pedagoga renueva la enseñanza planteando un método innovador, hoy conocido como *método Montessori*, que se aplicaría inicialmente en escuelas primarias italianas y más tarde en todo el mundo. Propone, con ello, una visión diferente del niño, completa, partiendo de la comprensión de su naturaleza (humana) y desde sus capacidades más básicas y primarias corporales, sin olvidar, desde luego, las espirituales.

El enfoque que tiene del niño es clave, ya que brinda a su método pedagógico el fundamento antropológico necesario para poder obtener no sólo buenos, sino excelentes resultados en la formación de los niños a nivel intelectual y, sobre todo, para un desarrollo integral personal. Por ello es posible asegurar sin temor a equivocarse que, con el método Montessori, no sólo se educa, sino que se prepara a los niños para la vida; esto es, haciendo de ellos mejores personas.

El método de María Montessori, además de ser educativo, impulsa un estilo de vida que se desarrolla sobre la base de tres elementos principales: el descubrimiento de las necesidades y capacidades del niño, la creación de un ambiente adecuado y el acompañamiento del adulto.

Conocer las necesidades del niño es indispensable para ayudarlo y, si se requiere, para quitar los obstáculos que no le permiten tener un perfeccionamiento apropiado. El ambiente adecuado favorece el espacio que le permite desplegar todas sus capacidades respetando su propio ritmo y, a la vez, ir satisfaciendo sus necesidades. Dicho elemento se vuelve, al mismo tiempo, directriz y norma que marca los límites que el niño requiere. En cuanto a la guía del adulto, es preciso, en orden al sentido común, su presencia, pues es quien debe conocer las necesidades del niño y, al mismo tiempo sus capacidades, con el fin de poner los medios para potenciarlas. Esto exigirá al adulto a no querer hacer del niño según su imagen y semejanza, sino a respetarlo en su unicidad durante el proceso de desarrollo.

Otro aspecto de gran importancia en este método revela la intuición antropológica de María Montessori quien, como pedagoga, es la primera que ve el amor como la mayor necesidad que el niño tiene, puesto que, para ella, el niño “Nace del amor, y el amor es su verdadero origen. Una vez nacido, se halla rodeado de la ternura del padre y de la madre;

por tanto, no es engendrado en la discordia, y esa es su primera protección” (1991, p. 27). Y todavía más, el niño es fuente de amor.

A pesar de lo dicho, la visión antropológica que esta autora tiene sobre el niño no ha sido bien desarrollada, es más, parece haber pasado desapercibida, pues las investigaciones o aplicaciones realizadas han llegado sólo al aspecto psicológico. En cambio, su método parte de la consideración de lo que el niño es. Aunque no usa propiamente el término persona, sino naturaleza, en sus expresiones se encuentran afirmaciones que identifican al niño como persona (Montessori, 1982). María Montessori cuando habla de naturaleza no concibe una naturaleza sesgada de la persona del niño sin un fundamento ontológico que la sostenga, como evidentemente lo hacen los pensadores modernos, sino que el niño es un ser perfecto y superior en sí mismo a cualquier otro ser del universo, obviamente resaltando el aspecto espiritual.

Ahora bien, es muy conocido en filosofía que la naturaleza de un ente determina el modo de obrar de éste o, dicho de modo más propio, que el obrar sigue al ser. María Montessori descubre en la persona del niño a un ser que posee una capacidad que le hace obrar de modo espontáneo conforme a su naturaleza, respetando, desde luego, la etapa que le corresponde y el ritmo de aprendizaje de cada uno. Cuando el niño actúa de este modo, reconoce a un niño *normalizado*, puesto que la persona humana ha sido creada *en y para* un estado *normal*, maravilloso. De hecho, el ambiente adecuado, las motivaciones convenientes y los ejercicios indicados le van orientando a actuar con esa normalidad.

La ayuda más básica que es el desarrollo sicomotriz, favorece al niño a tener control de sus movimientos y de su cuerpo, los mismos que facilitan la formación de su carácter y la maduración de su personalidad. Es, sin lugar a dudas, un admirable perfeccionamiento integral. Por tanto, este modo de trabajar tiene como finalidad ayudar al niño a conocer que *él puede* (tú puedes, en sentido de potencia -posibilidad, capacidad- y no de voluntad de poder), pues, “Sólo los niños «normalizados» ayudados por el ambiente muestran en su desarrollo sucesivo las maravillosas capacidades que describimos. La disciplina espontánea, el trabajo continuo en la alegría, los sentimientos sociales para los demás y de comprensión” (Montessori, 1991, p. 136).

Para ella, el niño es alguien que posee una naturaleza llena de innumerables capacidades; tiene aptitudes de crecer relacionándose con Dios, con sus semejantes y con el mundo que le rodea. El niño, por tanto, no sólo disfruta de una, dos o tres capacidades, sino

de muchísimas y según sea el perfeccionamiento de éstas, será el enriquecimiento de su personalidad. A este punto es preciso destacar que añade algo más a la visión que tiene del niño. No es el adulto el que hace al niño lo que debe ser, sino que aquél ha de descubrir lo que el niño es para ayudarle a desarrollarse según aquello que lleva dentro de su propio ser, por lo que el niño resulta ser maestro del adulto (Montessori, 1991). De todo lo dicho, se concluye que el niño debe ser tratado como lo que es: *persona*. La persona merece respeto y libertad: *amor*. Por tal razón, el amor se vuelve un deber del adulto hacia el niño.

### **3. El niño como sujeto de amor**

El amor permite descubrir al hombre concreto sin ninguna reducción personal y, al mismo tiempo, en todo su valor metafísico. No se puede dejar de hablar en serio de lo que es la persona dejando de lado el amor. Indiscutiblemente sólo la persona es digna de amor. Para el personalismo el amor es lo más radical del ser mismo de la persona. Luego, es posible asegurar con toda certeza que la causa principal de la formación de cada ser humano es el amor. ¿Cómo poder negarlo cuando todo es amor en la persona? Por eso, desde el comienzo de la vida tiene que estar presente el amor, el inicio de todo ser humano tiene como origen un acto de amor de sus padres. Y si se quiere buscar una causa más radical, el principio del ser, se encuentra en un acto infinito de amor del Creador mismo. Sin duda, el amor se convierte en lo más íntimo del ser de la persona humana. De ahí que la mayor necesidad de la persona sea el amor y su ausencia sea lo que más le perjudique.

El niño “es un ser personal, único e irreplicable, que hay que respetar y amar” (Cuéllar, 1990, p. 118). Esta visión del niño es decisiva a la hora de formarlo, ya sea en el hogar o en las instituciones educativas. Evidentemente la comprensión equivocada del niño, es decir, no verlo como un ser personal y, en consecuencia, no verlo como alguien que debe ser amado por sí mismo, se convierte en el mayor obstáculo para la formación de los hijos. “El niño es una fuente de amor; cuando se toca al niño, se toca el amor. Es un amor difícil de definir; todos lo sienten, pero nadie sabe describir sus raíces y valorar las consecuencias de su magnitud, o descubrir su potencialidad de unión entre los hombres” (Montessori, 1991, p. 184).

El niño, como ya quedó dicho, por su condición de persona es un ser particular y singular, razón por la cual, es sujeto de amor personal; no se habla de un simple objeto, es decir, de *algo*, sino de *alguien*. De modo que, para comprender la medida de amor que se debe al niño, es importante tener claro junto con la definición de persona la del amor

verdadero, pues éste es el mejor medio para llegar a comprender lo que es la persona. Se puede afirmar que con el amor se tiene acceso a la persona (Max Scheler cit. por Sánchez León, 2011) y, lo que es más, el amor mismo es la mejor fuente de conocimiento (Pérez-Soba, 2014, p. 121).

Existe diferencia entre hablar de sujeto o de objeto, es por eso que, al decir que el niño es sujeto del amor de sus padres, se expresa que no es un instrumento que puede ser utilizado, ni siquiera tratado, sino solamente amado. No obstante, puede suceder que sin advertirlo sus padres hagan de sus hijos objetos, pues como parece suceder, la mayoría de padres no apuestan por un amor falso a sus hijos, aunque su amor no sea un verdadero amor personal. Visto que el amor es la guía más noble de las acciones humanas y que orienta hacia la mayor plenitud a la persona, puede, en su desorden, ser lo que más degrada a la persona cuando se ama egoístamente. En efecto, la mala comprensión del amor verdadero y los actos de los padres que de ella derivan provocan el peor de los daños a sus hijos durante su proceso de desarrollo.

El verdadero amor consiste en procurar a los hijos los bienes reales y objetivos, no falaces y aparentes. Los bienes reales son los que tornan al ser amado más perfecto, es decir, más personas y, a su vez, perfecciona al amante. Ofrecer todo lo bueno para el amado se puede resumir en desear *que sea* (que existas), y que *sea bueno* (que alcances la perfección) (Melendo, 2015, p. 5). Cada vez que se ama, se corrobora en el ser, se alegra de su existencia, se aplaude a Dios y se agradece a Dios por haberle dado el ser. Todavía más, el amor permite ver, al hijo, no como una cosa que pertenece a los padres, sino como un *don*.

Y por eso el hijo, desde el instante mismo en que es concebido, en el que no podría ser más débil y precario, adviene a su familia como un maravilloso y gratuito “don” con el que Dios premia la entrega mutua de sus padres; y si no es recibido de esta forma, como una grandiosa dádiva o regalo (...), se está mancillando su condición de persona no se le está tratando como tal, se lo está prostituyendo. (Melendo, 2011a, p. 16)

La persona amando trabaja su propia perfección y al otro le facilita que sea más y mejor persona. Al fin de cuentas al amar a los hijos se los está haciendo que sean personas logradas: amar es perfeccionarlos en lo más profundo de su ser. “Mientras se ama, no sólo

el ser querido resulta confirmado en su propio ser, se ofrece como algo magnífico y maravilloso, sino que se torna imprescindible para la integridad y la belleza de cuanto existe. Sin él, nada vale; con él hasta lo más menudo manifiesta su propio esplendor” (Melendo, 1999, p. 86).

El niño es persona y eso basta para que sea naturalmente amable, de tal modo que se vuelve una exigencia que sea amado. Por ser sujeto y no objeto guarda como persona tanta grandeza que lo hace merecedor de todo el amor posible. Cuando los padres llegan a comprender esta dimensión ontológica en sus hijos, amarlos se vuelve una motivación y jamás una carga. Ello les dispone a estar abiertos a ayudarlos a crecer en la capacidad de amar; en efecto, el sólo hecho de amarlos los habilita a amar. Es más, los mismos padres crecen en el amor y en consecuencia como personas. Aquí se ve claramente el dinamismo del amor (Pérez-Soba, 2020).

#### **4. Capacidades del niño**

“El niño es una “esponja” que lo absorbe todo, han dicho los especialistas de esta edad. Nada se escapa a su interés, todo quiere conocerlo, vivirlo, jugarlo, y efectivamente así ocurre: en todo su ser se descubre una apertura permanente ante todo lo que existe” (Cuéllar, 1990, p. 126). El niño también para María Montessori, en sus primeros años, tiene una *mente absorbente*. Posee una gran capacidad de concentración sin esfuerzo, busca la perfección de sus actividades, disfruta de una energía interior, esto hace que se muestre siempre: espontáneo, alegre. Tiene una tendencia natural al silencio y capacidad de disciplina que causa espasmo a quienes nunca han visto algo semejante. Puede llegar, también, a una obediencia con gozo, ser ordenado y muy generoso; manifiesta que le gusta compartir, trabajar y ayudar. En suma, *es capaz de relacionarse con el mundo exterior, con los demás y con Dios* (Montessori, 1991).

Cuando se habla de *capacidades* se quiere indicar la idoneidad del niño para actuar, para comportarse conforme a la persona que es y que está llamada a ser de modo singular.

El niño, por ser persona, ha sido enriquecido con muchos dones y posibilidades. Por lo tanto, en la formación es importante tener presente las cualidades propias de cada uno de los hijos, con el fin de respetar la individualidad y singularidad de cada uno, evitando, así, caer en el grave error de querer educarlos en serie, que es justamente uno de los peores enemigos de la formación de los hijos. Tener claro el aspecto de la irrepitibilidad de los

hijos, quienes deben ser respetados y amados, ayudará a los padres precisamente a educar a sus hijos con un amor personal. Y es que, exactamente, “El amor hace ver, descubrir toda la grandeza que encierra el corazón ontológico de la persona amada” (Melendo, 1999, p. 88).

...El amor resulta clarividente, hace penetrar en el fondo de las realidades. Más todavía: cuando esas realidades son personas, sólo el amor permite descubrir su interna valía, sólo él hace posible apreciar el mundo de maravillas que el ser querido encierra en sí: sólo cuando se ama con locura a una persona (...) se está en disposiciones de apreciar el cúmulo de prodigios que guarda en su interior. (Melendo, 1999, pp. 88-89)

El amor, muy por encima de los defectos, llega a conocer las cualidades más profundas, se podría decir, inmanentes, y reales del otro, sus valores más altos. Sus talentos y sus capacidades sólo se revelan ante los ojos iluminados por el amor. El amor no sólo habilita para descubrir las capacidades del ser amado, sino que, de alguna manera, anticipa su proyecto perfectivo, percibe con rasgos cada vez más precisos, a medida que el amor aumenta, lo que la persona amada está llamada a ser. Luego, cualidades como libertad, independencia, responsabilidad sólo pueden estar presentes en la persona (Scheler, 1996).

Entonces, el amor representa no sólo una característica de la persona que lo diferencia de los demás seres de la creación, sino que, en su dinamismo, es un indicador que describe el ser de la persona y del fin que debe perseguir, tanto del niño en su proceso de formación, como del adulto que interviene en ello. En ambos -ser y fin-, el amor, al afirmar a la *persona*, reconoce, al mismo tiempo, la naturaleza de su *fin* y del modo o *camino* para obtenerlo. El proceso implica necesariamente la participación y relación ontológica (saberse hijo de sus padres, saberse padres de su hijo) y existencial (vivir como hijo de dichos padres, vivir como padres de dicho hijo) con otras personas. En otras palabras, no se puede hablar de la naturaleza de las capacidades del niño y su dinámica sin considerar el ser del niño, esto es, su ser personal como principio recibido, y del fin que con ellas se encamina a obtener para su realización particular, porque, *ser, naturaleza y fin* están estrechamente vinculados tanto en orden al ser como al existir.

A este respecto contradice *sutilmente* Nietzsche cuando indica que, “Nadie puede construirte el puente sobre el que precisamente tú tienes que caminar sobre el río de la vida,

nadie lo puede hacer excepto tú, y solo tú. En efecto, hay innumerables senderos y puentes y semidioses que quieren llevarte por el río; pero sólo a condición de que te vendas a ellos” (Nietzsche, 1999, p. 2).

Ciertamente que nadie puede sustituir al otro en su ser y existir, pero, no por ello, se debe descartar la ayuda de los otros y, principalmente, de los padres para la formación de la persona, en general. Nietzsche no conoce un amor que conozca al otro, penetre en el otro, en el respeto de lo que es y está llamado a ser. Por lo tanto, toda injerencia externa sea de normas como, peor aún, de personas alienan y entorpecen la libertad del hombre; libertad que invita al hombre a disponerse a la continua variación, sin un principio y sin un norte. En su enfoque, el cambio representa el modo de vivir la libertad del espíritu humano.

Según Thomas Mann (1986, pp. 134 y 147), la filosofía de Nietzsche brota de un principio esencial: “la oposición entre la vida «auténtica», «natural», «dionisiaca», «poética», «creativa» o «heroica» concebida como algo «incondicionalmente digno de veneración», y los «enemigos de la vida», entre los cuales se hallan «la conciencia y el conocimiento, la ciencia y la moral»” (Castany Prado, s. f.).

Sin embargo, la riqueza del ser del niño se evidencia en su modo de expresarse y de actuar; tanto su ser personal como la actuación que le sigue están involucrados para su formación y crecimiento. Distinguir su ser, permite, como se ha visto, reconocer el valor de su actuar y del fin al que tiende mediante el desarrollo de sus capacidades.

Además, la lógica de la auténtica educación es ratificada por la misma experiencia, pues no es posible que un animal actúe como una persona, aunque, tristemente por el mal uso de la libertad, sí que una persona puede actuar como un animal. El *plus* de la persona humana está en hacer fuerza en lo que lo identifica y, a la vez, diferencia con el resto de seres de la creación. De este modo, actuando el niño según corresponde a su ser, será como puede perfeccionarse y no oponiéndose a ello, que es lo que más arriba se hacía referencia con la expresión *despersonalización* cuando se exponía concretamente la visión de Nietzsche y Rousseau.

En este punto, es de gran importancia ayudar a distinguir al niño entre hacer o actuar *para obtener un placer momentáneo* (realidad subjetiva), del hacer o actuar *lo que es bueno para él* (realidad objetiva), que perdura, porque, en cierto sentido, lo transforma. Se trata de discernir para potenciar sus capacidades hacia su verdadero crecimiento. Este esfuerzo

conlleva aceptar el natural *conflicto interior*, propio del proceso de madurez personal, con miras a *educar la libertad* hacia el fin que toda la persona desea, porque, es objeto de su *auténtica felicidad*.

Es interesante a este respecto la *distinción sin separación* que hace Max Scheler (1874- 1928) entre razón y sentimiento humanos para recuperar la objetividad tanto de los valores como de la persona como tal, la cual es capaz de hacer efectivos dichos valores (Goñi, 2010, p. 226). Es en este contexto que se cree necesario interpretar y desarrollar las capacidades del niño.

Educar a la objetividad en un mundo que reniega de Dios como su Autor y, por lo tanto, de toda dependencia -ontológica y existencial-, es de gran importancia para la armoniosa convivencia social y progreso de todos. Es un celo por recuperar y jerarquizar los bienes auténticos a los que todos tienen derecho para su desarrollo personal. De lo contrario, es indiscutible no ver en los demás *enemigos del propio bienestar y felicidad*, cuyas consecuencias son manifiestas, en primer lugar, en la educación y formación de los niños.

En el siguiente capítulo se desarrollará de un modo más profundo el amor como elemento y condición para la formación de la persona del niño, en cuyo ejercicio también los padres -y demás educadores- caminan hacia la propia realización.

## CAPÍTULO II

### EL AMOR PERSONAL EN LA FORMACIÓN

“El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprendible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente” (Juan Pablo II, 1979b, n.10). El amor ha sido un tema de gran interés y de constante estudio filosófico en la época contemporánea, que ha llevado a comprender mejor a la persona humana. Éste, como se puede extraer de sus escritos, fue una de las preocupaciones fundamentales que tuvo María Montessori, ya que vio el amor como el medio más eficaz para ayudar a los niños. Ella misma se consideraba una persona que amaba a los niños, y al amor como el mejor de los principios que mueve a trabajar por el bien de ellos. Y aún más, consideraba al mismo niño como la fuente más transparente y pura del amor (1991, p. 184).

A este punto, si el amor representa uno de los componentes más radicales que constituyen e identifican a la persona humana, conviene ahondar los diversos sentidos del amor de los estudios realizados a lo largo de la historia y probar su autenticidad y compatibilidad frente a la misma experiencia humana. Para ello, se tendrá como fuente principal el personalismo, que tiene a Emmanuel Mounier (1905–1950) como uno de sus máximos representantes. Dicha corriente filosófica nace como reacción contra la distorsión que habían llegado las grandes ideologías del siglo XX. La norma principal del personalismo, según el aporte de Karol Wojtyła (1920–2005), es el mandamiento del amor, el cual indica que esa es la única manera de tratar a la persona.

Persona y amor son dos términos que no se pueden separar, es más, se encuentran íntimamente relacionados, como se constata en el pensamiento de San Juan Pablo II. En una tesis titulada “*El nombre de la persona es amor*”, resume lo que se pretende dejar claro en este apartado. El Papa polaco reflexiona sobre la necesidad de comprender lo que es la persona para sacar conclusiones acerca de la grandeza del amor humano. Puesto que “no se puede separar una de la otra; hay una circularidad entre los dos conceptos por lo que no hay persona que no sea digna de ser amada y merecedora de ello y, al mismo tiempo, no hay amor si no es entre personas” (García Casas, 2018, p. 226).

La frase que Santo Tomás de Aquino acuñó «*amor es nombre de persona*» (*Amor est nomen personae*) (1988 ST, I, q. 37, a. 1) sería el eje sobre el que desarrollaría, a la postre, el pensamiento antropológico de San Juan Pablo II. Por tanto, desde la reflexión de este Papa se puede descubrir lo que el Dr. Angélico “quiso expresar por medio de ella y, al mismo tiempo, complementarla con todo lo que ha supuesto de «esclarecimiento» el pensamiento posterior, especialmente desde la fenomenología realista y desde el personalismo” (García Casas, 2018, p. 226).

El amor, por tanto, constituye a la persona y le da la identidad más plena. Y es que el amor humano es de tal naturaleza que, persona y amor pueden ser identificados: *convertuntur*. Esto parecería una exageración, pero queda más clara dicha identificación cuando San Juan Pablo II relaciona el amor con la belleza, es decir, con Aquel que es el Amor Hermoso. En realidad, el amor humano, tiene su fundamento y causa en Aquel en Quien Ser y Amor se identifican, pues su Ser es Amor. Éste, como se puede apreciar, es un aspecto que no es posible dejarlo de lado a la hora de intentar comprender la grandeza del amor humano o amor personal (Larrú, 2019).

De este modo, el amor se vuelve una realidad identitaria de la persona, no sólo por ser inherente a ésta, sino, además, por ser una llamada intrínseca a la que el hombre naturalmente responde, aunque no siempre lo haga de la manera más adecuada. Y es que la persona encuentra su sentido en el amor, a manera de un impulso natural y necesario de amar, cuya explicación se encuentra en su mismo origen, esto es, que fue creada por amor. De aquí se desprende causalmente que no pueda no amar y, si se resiste, oponiéndose a ello o desvirtuándolo, termine afectando -desfigurando- su ser y hacer en el mundo.

Entonces, el amor en cuanto a su carácter identitario reafirma el ser personal de cada hombre y lo dispone de modo imprescindible para su formación continua (Pérez-Soba 2021); o, dicho de otro modo, la persona amada, hace de tal modo experiencia de *ser persona* que le facilita a desarrollarse, crecer y mantenerse en una actitud de apertura -despierta- para orientarse hacia el amor, que es fin al cual se orienta y, a la vez, principio impulsor hacia el mismo. De ahí que los niños que más amor han recibido tienen mayor capacidad de amar (García Casas, 2018, pp. 238-245).

Bajo la consideración mencionada de identificación persona-amor elaborada por Wojtyła, debe considerarse el siguiente texto en el que ilustra los aspectos ontológico y operativo del amor en la persona humana durante su proceso de perfección:

a. Plano ontológico, en el que la persona es la sustancia individual el «soporte óntico» en palabras de Wojtyła, cuyo ser es incomunicable, aunque se abre intencionalmente a toda la realidad. La persona subsiste como substrato último y raíz de las operaciones y actos libres. Este substrato no es una cosa, sino una identidad que permanece en el tiempo a través de los cambios. La persona es siempre «ella misma» aunque no sea siempre «lo mismo».

b. Plano dinámico-existencial. Este plano hace referencia al aspecto dinámico de la persona humana que implica crecimiento del ser personal. La persona se determina a través de sus acciones libremente asumidas. La persona no es sólo lo que ya es, sino que es también lo que «todavía» no es, pero puede llegar a ser cuando despliegue existencialmente su libertad. (García, 2010, p. 130)

El amor, sobre todo en el lenguaje contemporáneo, a pesar de su naturaleza y función descritas, ha sido en los últimos tiempos muy mal comprendido y, peor aún, muy manipulado. El problema inicia en el hecho de que se lo ha llegado a considerar como un simple sentimiento y, más todavía, se lo ha rebajado a un impulso sexual sublimado como si fuera un neto acto biológico, según la concepción de Sigmund Freud (1856-1939), llevando a la persona a la más baja depravación en nombre del amor.

Para comprender mejor este último sentido del amor, cabe confrontarlo con el pensamiento del padre del existencialismo, Jean Paul Sartre (1905-1980). Él parte del principio que *el hombre no nace, se hace*, cuando afirma que “el hombre no es otra cosa que lo que él se hace” (2009, p. 31). Sartre sostiene que la esencia precede a la existencia. La realidad no tiene su fundamento en lo que es, sino lo que cada uno quiere ser, de modo que el hombre puede elegir ser varón o mujer, hombre o animal. En este pensamiento tiene su fundamento la ideología de género que es la prueba más evidente de la perversión del amor (Márquez & Laje, 2019). De este modo, las relaciones que son el fundamento del amor quedan destruidas.

Que el hombre no nace, sino que se hace, revela claramente, además, la negación de identidad del ser humano, identidad que es, precisamente, la causa principal del hombre para luchar por lo que es. Sin identidad el ser humano está sujeto al vaivén de su ánimo y de las circunstancias y, al no saber quién es, no puede determinar su meta última en la que alcanzará la anhelada felicidad. En efecto, sin identidad el hombre está condenado a la desesperación

del sinsentido, porque, si no ha sido reconocido ni amado por lo que es, esto es, persona, fácilmente puede ser manipulado con sus sentimientos por doctrinas e ideologías extrañas: he aquí el meollo del asunto. De ahí la necesidad urgente de que los padres se ocupen en una sólida formación de los hijos, que tenga como centro el método del amor. En consecuencia, sólo la persona que ha sido amada con amor personal será capaz de reconocerse como una persona única e irrepetible, y con una llamada a amar.

*La náusea*, obra autobiográfica de Sartre, expresa de modo patente la ausencia de amor en su vida y, en consecuencia, el desconocimiento de su propio valor personal y el del prójimo, “Se ha notado la ausencia de una mirada de amor hacia el mundo y la humanidad en la obra de Sartre; no asoma en forma alguna el perfume de una flor, la sonrisa de un niño. Todo ello delata en su autor una existencia vacía de sentimientos nobles, en la que parece haber estado ausente un auténtico amor” (Urdanoz, 1988, p. 648).

Ahora bien, hay que precisar que el amor considerado como una pasión no está fuera de la concepción clásica de la filosofía, mas resulta un grave problema cuando “Según la opinión generalizada, el amor se reduce, sobre todo, a la verdad de los sentimientos” (Wojtyla, 2008, p. 53). En realidad, los padres, a la hora de dar amor, no deben olvidar el elemento afectivo hacia los hijos, pero deben estar atentos para trascender a la solidez del amor verdadero que está en el deseo de bien y hacer el bien a la persona amada (Larrú, 2019, p. 186).

Así mismo, es preciso no pasar por alto la concepción más profunda del pensamiento clásico que se tiene del amor y que por su solidez ha sido sostenida por muchos siglos: el amor como un acto de voluntad. Es la consideración más superior a la que se ha llegado, sin embargo, hay pensadores actuales que, por haber aislado esta definición del contexto en el cual fue elaborada, ven en ella una concepción incompleta, que se reduciría a una parte de la persona. Por eso, ciertos filósofos contemporáneos, sobre todo personalistas, han logrado dar un paso gigantesco, abriendo nuevamente la comprensión del amor a partir de la persona, siguiendo un armonioso hilo conductor con la concepción clásica.

En efecto, es importante resaltar que el amor abarca todo el ser personal y no sólo una parte de él. En este marco es posible afirmar que el amor no es sólo el acto más sublime de la persona, es decir, un acto espiritual, sino que llega a ser considerado casi un trascendental de la persona, configurándola de modo radical en su ser y, por lo tanto, en su modo de obrar. Más aún, esta línea de comprensión permite situar ordenadamente el aspecto

afectivo del amor, pues existen también afectos espirituales, cuya tesis defiende ampliamente el P. Juan José Pérez-Soba, al hablar de la lógica del amor y del don. Para este autor, el amor es ante todo una respuesta a un amor originario, ya que es preciso ser amado primero para, en consecuencia, aprender a amar (Pérez-Soba, 2021).

En definitiva, dentro del eje de la perspectiva personalista, la persona se descubre en el misterio del amor. El amor que rige es movido por el convencimiento profundo del amor como don, y este camino no lleva a la persona a disminuirse o empobrecerse, sino que, al contrario, la conduce a enriquecerse y crecer en su existencia como lo que es. Es decir, “uno tiene que dejarse para crecer en el ser (para encontrar más ser) en el otro” (Seifert, 1983, p. 192). En otras palabras, la lógica del don sólo es comprendida en la medida en que se es capaz de donarse. Las “característica del dar (...), es que cuando el donar es puro no supone pérdida alguna ni para el que recibe ni para el que da. El que recibe no obtiene ninguna pérdida, sino más bien ganancia, (...). Más aún, cuando los dones son más nobles y puros llevan consigo menos pérdidas y, por ende, los dones más altos ninguna” (García Casas, 2018, p. 214).

Por lo demás, frente a las donaciones más elevadas es menester gratuidad y aceptación. El receptor, por tanto, debe aceptarla gratuitamente, pues si existiera un mínimo grado de obligación al aceptarlo, no sería don, sino una imposición; en cambio, la dádiva exige siempre gratuidad. “De aquí se sigue que no hay una pasividad en el receptor, sino que implica también una actividad igual a la del donante, aunque de manera subordinada, ya que la iniciativa parte siempre del donante” (García Casas, 2018, p. 214).

## **1. Los padres formadores de sus hijos**

Al comenzar este subapartado se ve la necesidad de indicar la razón por la que se ha elegido el término formar y no educar, precisamente, para continuar con la línea que se quiere mantener en este trabajo y profundizar siempre más en el carácter ontológico de la persona del niño. Si bien es cierto, que en sentido lato, pueden aplicarse ambos términos en forma indistinta, existe, sin embargo, etimológicamente una diferencia importante entre educar y formar; *educere* viene del latín y su significado es conducir (Naval & Altarejos, 2000, p. 20), mientras que el vocablo formar viene del verbo latino *formare*, que tiene como significado dar forma (Otón, 2008, p. 45).

El primer término se refiere más al aspecto exterior; el segundo, al ontológico. La formación corresponde al nivel del ser, por tanto, está orientada a ayudar al otro para que llegue a ser lo que está llamado a ser, es decir, a lograr su propia perfección. Formar “No tiene que ver con el aparecer, sino con el ser. Formarse es disponerse establemente para actuar bien” (Diéguez, 2019, p. 5).

Los padres con la formación, cuyo núcleo dinámico es el amor, logran, indudablemente, aquello que sus hijos deben alcanzar, que ha de ser, desde luego, aquello que está siempre en relación con el ser. Puesto que la mejor escuela de formación es el amor, sólo es posible formar cuando se ama (Diéguez, 2019, pp. 80-81). Ontológicamente el amor provoca de manera eficaz el crecimiento de quien se ama, sin rigidez ni tensiones, exige la perfección, obliga amabilísimamente a mejorar. “También en este terreno el amor verdadero perfecciona el ser de la persona y da anchura a su existencia” (Wojtyla, 2008, p. 56).

El amor real, aquilatado, hace indefectiblemente que mejore la persona a quien está dirigido. Más aún: si llegamos hasta el fondo de la cuestión, habremos de decir que el único procedimiento adecuado para conseguir que alguien mejore es, en fin de cuentas, amarlo más y mejor. De esta suerte, el amor se transforma en motor insustituible de toda tarea de ayuda a otra persona y, hablando más en concreto, de la educación. (Melendo, 1999, p. 88)

Un componente de gran importancia en la formación es la libertad. Aquí sólo se dirá de modo muy directo que la libertad *es autodeterminarse hacia aquello que le perfecciona como persona*. El sentido de libertad como la posibilidad de elegir entre varias opciones no es una definición desacertada, pues deja ver una idea de la existencia de la libertad en el hombre, pero no es la más precisa en el contexto de la presente investigación. Lo que aquí interesa destacar es la libertad como la capacidad que tiene la persona de orientarse por sí misma hacia el bien que le perfecciona y, naturalmente, a elegir amar, como el más perfecto de sus actos.

La formación requiere de la libertad, puesto que lo que forma a la persona no son los conocimientos que adquiere ni los deberes que se le imponga, sino que son los propios actos libres que la transforma. Libre es quien “hace el bien porque quiere hacerlo, por amor a lo bueno. Al contrario, va perdiendo su libertad quien obra de manera incorrecta... porque, en

el fondo, no resulta capaz de hacer lo que «querría» y debería hacer” (Melendo & Parga, 2013, p. 33).

La formación tiene como objetivo formar en auténtica libertad. Dicho de un modo más sencillo, significa que los padres van ayudando a que sus hijos sean capaces de orientarse personalmente, en términos objetivos, hacia lo que es bueno para ellos. Un ejercicio muy práctico y eficaz para ayudar al niño a asumir con responsabilidad sus propias acciones se basa en hacerles partícipes, desde muy pequeños, a tomar parte de las decisiones en circunstancias que les incumben. Para los hijos, es de gran alcance, crearles un ambiente de libertad lo más pronto posible, desde períodos muy adelantados. El sentido de responsabilidad en ellos favorece a que asuman paulatinamente su ser y actuar como artífices de su propio destino. De modo que, conociéndose a sí mismos como personas individuales dentro de un ambiente social familiar, su conducta se orientará a desarrollarse (a llegar a ser lo que está llamado a ser) no en detrimento de los demás, sino con los demás, para el beneficio personal y el de todos.

Respecto al delicado tema de la libertad, es preciso insistir que dejar actuar a los hijos con la medida de la libertad no significa dejarlos hacer lo que quieran, esto sería fomentar su capricho y convertirlos en unos autosuficientes en un marco de autoreferencialidad pernicioso. Al contrario, se les ha de enseñar a hacer con gusto aquello que es su deber, pues la libertad es sólo un medio para alcanzar un fin que es siempre lo que perfecciona a la persona. Por ser el amor -además de principio y medio- un fin, la libertad, ha de estar subordinada y orientada siempre a éste.

Ahora bien, como el niño, según la Dra. Montessori es capaz de llegar a cumplir sus tareas con una alegría y espontaneidad, se puede asegurar, sin duda alguna, que disfruta de las cosas que hace, es decir, goza en hacer lo que es bueno y en hacer las cosas bien. Esto lo confirma Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*, al decir que la verdadera educación (formación) radica en poder alegrarse en lo que es debido y dolerse del mismo modo en lo que no lo es (Aristóteles, 1970, p. 47). Por eso, es necesario que los padres sean, en primer lugar, convencidos y coherentes en su propio testimonio, que la formación debe orientarse al verdadero bien y no a sus gustos. Se trata de educar inclusive el mismo gusto para gozar lo bueno, satisfacción que supera el gusto proveniente del cumplimiento de los caprichos, porque se lo experimenta en la totalidad del ser personal y no sólo en una dimensión de la persona.

Entonces, el niño debe ser formado en el amor al bien, pese a su tendencia natural hacia éste cuando crece en un ambiente en el que el amor está presente, dado que no siempre va a tener ese atractivo. Habrá etapas en que la voluntad tendrá que hacer mucho esfuerzo. De todas maneras, lo que aquí se quiere dejar claro es que, al enseñar al niño a hacer determinada tarea, ha de hacerla porque comprende, obviamente, según su etapa de desarrollo, que aquello es bueno y, además, que tiene la capacidad de hacerlo. Esto hará que le parezca de modo natural que es *hermoso* ser *bueno* y, en consecuencia, que es horrible ser malo, mentiroso, egoísta, desordenado, etc. He aquí la esencia de una verdadera formación (Lorda, 2015).

Para lograr todo ello, hay que esforzarse por vivir la propia vida, con todas sus contrariedades, como una entusiasta aventura que vale la pena componer cada día. En tales circunstancias, al descubrir la hermosura y la maravilla de hacer el bien, el niño se sentirá atraído y estimulado para actuar de forma adecuada: para amar y desear lo bueno, y para rechazar lo malo. (Melendo & Parga, 2013, p. 30)

Dicha manera de formar a los hijos hará que la persona del niño, conforme vaya creciendo, no le resulte pesado hacer el bien y, por lo tanto, tampoco en la edad adulta. De este modo, no sólo cumplirá lo que tiene que hacer, porque sabe que es bueno, sino que disfrutará de lo que hace, de hacer el bien; en suma, de servir a los demás. Aquí conviene añadir, que fomentar el amor al trabajo es un elemento importantísimo en la formación, pues el trabajo no es algo que denigra a la persona, sino que la dignifica. Esta perspectiva permitirá al niño ver el trabajo como algo que contribuye a su desarrollo personal, lo verá como un elemento normal y necesario en la vida y, más aún, como un medio indispensable para alcanzar su propia perfección (Melendo, 2011a, pp. 71-75).

Los hijos, así mismo, desde muy pequeños, deben conocer que la dignidad de la persona no es superior ni inferior en cada ser humano, sino que su valor está en sí mismo, en lo que es: la persona es un bien en sí mismo. Es un error valorar a una persona como privilegiada en su naturaleza por la suma de bienes que posee, sean estos materiales, intelectuales y hasta espirituales y, en consecuencia, pensar que si alguien no los tiene es una razón suficiente para considerarlo inferior (Castillo Córdova, s. f., pp. 104-105).

Los padres para formar bien a los hijos, deben interesarse por concientizar que la misma dignidad que ellos poseen, también la tienen sus hijos, esto ayudará a darles el trato de amor y respeto que sus hijos merecen. Además, descubrirlos como únicos e irrepetibles les facilitará proporcionarles el trato especial y singular que cada uno necesita. Por otro lado, los hijos no pueden ser educados y tratados todos por igual, esto va en contra de su originalidad y, en lugar de formarlos bien, se inflige violencia contra su individualidad (Cuéllar, 1990, p. 196). A este respecto se refiere María Montessori cuando afirma que los padres o educadores no deben imponer en el niño un determinado modo de ser, sino que se ha de ir descubriendo lo que cada niño lleva en su interior, con el fin de potenciar la originalidad de cada uno.

Para atender a la formación de los hijos es preciso tener claro las necesidades del niño y respetar las diferentes etapas de su desarrollo, esto ayudará a evitar problemas innecesarios a los padres (Newman & Newman, 1983). Para comprender al niño no es suficiente conocer su nombre ni que debe crecer y alcanzar determinadas metas meramente materiales y hasta intelectuales, sino que, si se lo ama, se penetra en la realidad de su ser para adquirir un conocimiento más profundo y reconocer una naturaleza distinta y superior a las vacías apariencias. Cada niño encierra un secreto que sólo es posible conocer cuando se lo ama; cuando, se comprende que es un ser espiritual, quizás se entiende de una vez por todas, que es realmente digno de amor. “He visto al niño como debe ser y lo he encontrado superior a cuanto podía suponer” (Montessori, 1991, p. 181).

Además de lo dicho, siguiendo algunas ideas del Dr. Luis Gutiérrez, experto en el tema, la formación de los hijos no es una tarea tan complicada como se la presenta. Al contrario, no sólo se vuelve satisfactoria, sino que se puede disfrutar verdaderamente de ella, descubriendo la belleza de los hijos y la belleza de ser padres. Eso no significa que no implique sacrificio alguno para los padres ni exigencia para los hijos, pues formar a los hijos con exigencias es también amarlos (Gutiérrez Rojas, 2021).

Finalmente, una de las claves de la formación de los hijos, y quizá la principal, es el amor entre los cónyuges. El amor que existe entre papá y mamá es el requisito del cual no se puede prescindir si se quiere tener unos hijos afectivamente equilibrados, maduros y capaces de amar. Pues la formación de los hijos en el amor no es sino la expresión más auténtica del amor de sus padres (Melendo, 2011a, p. 57).

La misión de formadores que tienen los padres debe llevarlos a pensar que no pueden formar un hogar fortuitamente, porque, a partir de que lo constituyen pende todo proyecto y esfuerzo de su vida. Indiscutiblemente es imprescindible su preparación, pues, aunque tienen un derecho natural de formar a sus hijos, éste a la vez es un deber muy serio de gran responsabilidad. Por eso es importante aprender a escuchar para pensar un poco. En la vida no se necesita ser necesariamente filósofos para llevar a efecto tareas importantes como la que se trata aquí, pero sí existe el deber de cuestionarse a menudo lo que se quiere lograr o, dicho de modo más concreto, qué es lo que se pretende con cada una de las acciones (Cuéllar, 1990).

## **2. Enseñar a amar amando**

Del mismo modo que se ha observado sobre la libertad, dada la importancia que tiene el obrar humano como causa de la perfección de los seres, se debe hacer alguna mención respecto al bien. Pues Aristóteles ya lo dijo, que todo cuanto se hace, está dirigido a alcanzar un fin. Toda inclinación, en la persona está orientada hacia lo que es apetecible, esto es, a lo que se percibe como bueno, “por esto se ha dicho con razón que el bien es aquello a lo que todas las cosas tienden” (Aristóteles, 1970, p. 25).

Aquí se ve claramente la relación que existe entre bien y fin, que según el Estagirita es aquello a lo que todos persiguen. Mas, el fin al que se refiere no es cualquier fin, sino que ha de ser uno duradero, que lo identifica con el fin supremo y que a su vez se iguala con el bien supremo, el mismo que ha de ser perseguido por sí mismo. Aristóteles en su análisis llega a concluir que la felicidad es el fin-bien, que todos buscan por sí mismo, y no por alcanzar otro fin mayor (Aristóteles, 1970, pp. 25-28).

Queda por sentado que fin, bien y felicidad están estrechamente relacionados y en sentido último, se identifican. A esto sólo basta añadir la relación entre amor y felicidad presente en pensadores de la talla de San Juan Pablo II, aporte que permite concluir que, mientras mayor es la capacidad de amar, mayor es la felicidad a la que puede llegar la persona.

Al enseñar a amar a los hijos, se los habitúa a amar el bien hasta el punto que les guste hacer el bien, esto es, que les guste ser obedientes, generosos, comedidos. En esto consiste la connaturalidad entre ser y bien, pues “los niños normalizados presentan una clara inclinación hacia el bien, y no sienten la necesidad de «evitar» el mal” (Montessori, 1991, p.

157). Este resultado manifiesto en la experiencia hace notar la afirmación filosófica que viene de San Agustín sobre la naturaleza negativa del mal, que es ausencia de bien (Fernández, 1979, pp. 445-446).

Además, los padres enseñan a sus hijos a amar amándolos, dedicándoles tiempo, estando con ellos, ocupándose de sus asuntos, es decir, se los habilita a amar, efectivamente, “se aprende a amar amando” (Pérez-Soba, 2020). En definitiva, se les enseña a que aprendan a darse, a donarse. El amor personal acrisolado hace necesariamente que la persona amada se vuelva mejor. Es más, si se llega hasta el fondo del asunto se puede decir que el único proceso adecuado para conseguir que los hijos mejoren, en último término es amarlos más y mejor. De tal modo que el amor se torna un motor insustituible en la formación.

Se enseña a amar amando y esto supone la presencia del bien real siempre en todo y para todos. El amor no es sinónimo de cosas materiales que ofrecer, pero los padres deben darle lo necesario, que no en pocos casos se realiza sin sacrificio. Sin embargo, el niño no está en condiciones de adivinar que sus padres lo están amando de dicha manera, sólo el adulto un tanto maduro estaría en condiciones de comprenderlos. Por lo tanto, el niño necesita saberse amado y para ello se requiere expresarles mediante gestos y palabras, cariño y afecto. En suma, los padres los han de amar demostrando el amor de modo afectivo y efectivo.

Los padres cuando aman no pierden el tiempo, al contrario, lo ganan. Más tarde no se lamentarán por el tiempo dedicado a sus hijos y ni siquiera necesitan esperar a que sus hijos lleguen a la edad adulta para disfrutar de sus frutos, ya que tendrán unos hijos amorosos, obedientes, que gozarán de estar con sus padres y, hasta cierto punto, de complacerlos. “La presencia del padre y de la madre es fundamental en la vida del hijo. El tiempo que se dedica a los hijos es insustituible. Las horas que se dedican al hijo tienen grandes posibilidades de educación” (Castillo Córdova, s. f., p. 74).

Pero, sobre todo, los padres han ser conscientes que ante cada uno de sus hijos están delante de la maravilla de un ser que es persona y que, como señaló Santo Tomás de Aquino, “es lo más perfecto en toda naturaleza”. De modo que, ante el prodigio de su existencia no cabe otra actitud que la de donarse a ellos, buscando su bien. Y si esto no lo hacen, cometen una terrible injusticia hacia ese ser único e irrepetible, fruto de sus entrañas y de su amor. Y es que el reconocimiento de esto lleva a los padres a una perspectiva de vida todavía más

elevada, pues les abre un camino hacia lo trascendente que no es posible dejar de lado cuando se trata de la persona (García Casas, 2018, p. 226).

...tú eres así porque alguien, Otro, te ha querido crear de esta forma única y viéndote en lo que eres estamos viendo también a Aquel que te ha dado el ser. Por lo que no cabe el trato instrumental, utilitario ante tu realidad personal. Por este motivo, nada como la experiencia del amor revela tan profundamente la existencia de la persona amada como un don. Tú eres (tienes ser) porque eres un don. “Eres” un don y por eso podemos decir con propiedad que “eres” (esse). (García Casas, 2018, pp. 226-227)

Así mismo, para formar a los hijos con amor es necesario conocer los afectos y gestionar bien sus emociones, pues es un aspecto importante en el desarrollo de la personalidad (Pérez-Soba 2021), a fin de que no se desvirtúe debido al emotivismo característico de la época presente. El amor de los padres es causa de una afectividad integrada en los hijos, y una vida afectiva formada les ayuda a alcanzar un desarrollo logrado, pues muchas veces por dichas carencias afectivas se ven bloqueadas otras dimensiones de la persona, como el progreso de sus capacidades de aprendizaje, por citar un ejemplo.

La familia es la realidad dominante que precede a los hijos a la hora de enseñarles a aprender a amar y ser personas, pues ella es el lugar y el ambiente principal por el que los hijos asimilan lo que es el amor y aprenden a amar del modo más acertado, del modo más recto, en suma, del modo más personal.

### **3. Implicaciones finales de la formación con amor personal**

El amor en el contexto de la formación de la persona del niño hace notar palmariamente la necesidad de la familia. En efecto, la necesidad natural de amor que tiene el niño lo obtiene casi en su totalidad en el seno de una familia. Sin embargo, ese amor de necesidad debe convertirse en un amor de benevolencia y, más todavía, en amor oblativo, de donación. Es, pues, precisamente en la familia donde se va creciendo en el amor.

Es imposible exagerar la relevancia que tiene la familia en la vida y en el desarrollo del niño (Yépez Stork & Aranguren Echeverría, 1999, p. 215). Por eso, es imposible pretender prescindir de la familia. De ahí que se comete la más grave de las heridas cuando

se intenta disminuirla y, lo que es peor, cuando se establecen leyes que conducen a su total desaparición.

La familia fundada y vivificada por el amor, es una comunidad de personas; del hombre y de la mujer esposos, de los padres y de los hijos, de los parientes. Su primer cometido es el vivir fielmente la realidad de la comunión con el empeño constante de desarrollar una auténtica comunidad de personas. [...] El principio interior, la fuerza permanente y la meta última de tal cometido es el amor: así como sin el amor la familia no es una comunidad de personas, así también sin el amor la familia no puede vivir, crecer y perfeccionarse como comunidad de personas. (Juan Pablo II, 1981 n. 18)

Por otro lado, el ideal de perfección que se desea para el otro no se da de una sola vez, sino que se debe construirlo, y naturalmente, esto sólo se lo logra en el seno de una familia que mantiene su solidez en la práctica del amor. “La persona lo es en la exacta proporción en que se abre al amor, en que se entrega. La persona (...) como es limitada, va encontrando «su propia plenitud en la entrega sincera de sí misma a los demás»” (Melendo, 2011a, p. 16).

El amor en la familia hace ponerse al servicio del otro, al servicio de los hijos en el caso de los padres, y darse con alegría. De modo que no ven en los hijos a alguien que los limita en su superación personal, al contrario, gracias a los hijos su ser personal se despliega hacia una perfección siempre más lograda. De este modo, la perspectiva del otro da un giro total, el otro no es ya un alguien que invade la propia individualidad, sino es un don que les ayuda a ser más persona, entonces brota un acto de agradecimiento. En efecto, la gratitud va muy unida al don. Dios da sus dones, y da los demás como don, para que Sus hijos aprendan a dar. En la lógica del don existen dos maneras de dar: dar cosas y darse a uno mismo (Pérez-Soba, 2020).

De la conciencia de comprender al otro como don y de la gratitud de su existencia brotan expresiones desde lo más profundo del ser: ¡Qué agrado, qué prodigio que existas! O, en términos de Pieper, “¡Qué maravilla es que tú existas, que estés sobre el mundo!”(2017, p. 442). Puesto que lo que se encuentra en el ser amado sólo se lo puede encontrar en él y en nadie más, puede aportar lo que él aporta con su ser. Ante esta singularidad de su existencia no cabe otra actitud que la correspondencia, por la que la

persona que ama no se cansa de exclamar “¡Qué hermoso es que tú existas! Y ante esta particularidad de tu existencia sólo cabe una relación donal y amorosa en la que yo me doy y tú te das y se crea así un vínculo sin precedentes que hace nuevas todas las cosas.” (García Casas, 2018, p. 226).

Esta expresión es tan radical y acertada que podemos decir: “sin ti este mundo no sería el mismo”. (...) Esta irrepitibilidad permite ver al otro como aquello que no es sustituible por ningún otro ser, ya que sin su existencia el mundo no sería igual. A nuestro parecer, nada hay que nos desvele la grandeza de la persona más profundamente que esta confesión sobre la admiración, la alegría y la celebración de la existencia del otro en particular, ya que nos desvela al ser personal como un valor fundamental a través del cual todo lo demás se convierte al fin en un valor. (García Casas, 2018, p. 226)

El amor como don comporta, además, una cierta obligatoriedad, ya que no es un deber extrínseco, sino que por su naturaleza se vuelve parte de la estructura óptica de la persona que, de por sí, es plenamente donal. Significa que cada persona, está configurada, diseñada para donarse, y sólo desde dicho don ella misma puede comprenderse y vivir en plenitud la propia originalidad de su ser. Esto quiere decir que no es que el que se dona haga un favor al otro donándose a él, sino que precisamente es en esa donación en la que cada uno descubre el verdadero sentido de su propia existencia, y llega a la plenitud de su perfección (García Casas, 2018, p. 227).

En resumen, la formación de los hijos, cometido principal de los padres que se realiza en el seno de una comunión de personas establemente constituido por el amor, en el amor y para el amor, es el proyecto de vida más elevado que el hombre está llamado a construir. Esto quiere decir que la dedicación a los hijos por parte de los padres en términos de amor está por encima de cualquier otro proyecto humano y, por lo tanto, todas sus decisiones personales y familiares deben apuntar a este fin, bien, que perfecciona a todos los involucrados.

## CONCLUSIONES

Cuando se descubre que el niño es persona resulta natural formarlo por medio del amor. El amor es un indicador fundamental de la dignidad del ser con el cual se está relacionando, cuyo ejercicio involucra a todos para la realización personal, tanto del amado como del amante.

La filosofía moderna representa el punto de partida no sólo de la degeneración de la concepción de persona, sino también del amor, entorpeciendo el camino de la formación humana para su auténtica perfección personal y de la sociedad en general.

Todo aporte de educación que no haga referencia al contenido personal del ser humano resulta artificial e idealista y, por lo tanto, inútil para atender verdaderamente a las necesidades del niño y estimular un sano y ordenado crecimiento.

Al hablar del niño como persona se afirma su unicidad (irrepetibilidad), intensidad de ser (intimidad) y capacidad de darse (comunicación y donación) para salir hacia el otro (trascendencia) y crecer. Estas notas se aprecian y ejercitan bajo el marco del amor.

Una profundización objetiva del método de educación de María Montessori permite descubrir que el niño es persona y que se forma por medio del amor. Este proceso exige contemplar al niño para reconocer sus necesidades y capacidades, ofrecerle el ambiente propicio para cubrir dichas necesidades y estimular sus capacidades; y, acompañarlo debidamente.

La propuesta montessoriana trae una novedad de gran actualidad que radica en el papel del adulto en el proceso de formación del niño. Éste debe situarse en una prudente distancia que le permita ayudar al niño y no sustituirlo, por un lado; y, por otro, no forzar al niño para que llegue a ser según la propia medida del adulto. Se trata de cultivar una posición de apertura que respete la distinción y riqueza de ser del niño.

Comprender la novedad expuesta ofrece pistas que pueden ser muy provechosos para avanzar de modo más eficaz para la formación de los hijos, hoy tan descuidada.

El rol del adulto, antes descrito, se comprende desde la perspectiva del amor y es función que corresponde principalmente a los padres. Ellos desarrollan su papel espontáneamente, porque su original comunión fue conformada por el amor. De este modo,

la formación de los hijos no es otra cosa que el despliegue del amor primero que apunta a un fin que sobrepasa sus mismos límites. En otras palabras, formar a sus hijos con amor perfecciona a cada padre, a ambos como esposos y padres y, como meta propuesta, a los hijos, tanto a nivel individual como en su relación familiar y social. La dinámica de este crecimiento les hace descubrir la belleza del amor, la belleza de ser padres, lo bello que es ser capaces de amar, cuyo resultado es descubrir la belleza ontológica de sus hijos.

El método del amor aquí propuesto revela que, aun cuando el amor y el ser persona son naturales al ser humano, es necesario enseñar, normalizar, identificar y proyectarlos para su verdadero desenvolvimiento. Enseñar a amar no es alienar la naturaleza humana ni establecer una especie de sobreestructura en el ser humano, sino, al contrario, es ofrecerle el recurso fundamental con el cual podrá afrontar este mundo y vivir enteramente como le corresponde a la dignidad de su ser.

El amor a cada ser humano es siempre personal, pues no se ama a la humanidad, sino a cada persona en particular, dada la naturaleza del ser personal de quien ama y de quien es amado. Esto permite tener un argumento más para sostener que en la formación de los hijos, de cada hijo, es personal.

## REFERENCIAS

- Aristóteles. (1970). *Ética a Nicómaco* (Versión de Julian Marías y María Araujo). Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Arocena, F. M. (2007). Persona. En C. Izquierdo (Ed.), *Diccionario de Teología* (2.<sup>a</sup> ed., pp. 810-811). Pamplona: EUNSA.
- Castany Prado, B. (s. f.). *La Filosofía Nietzscheana y la lógica cultural del capitalismo tardío*. 21.
- Castillo Córdoba, G. (s. f.). *La educación de los sentimientos*. Recuperado de <https://docplayer.es/27900633-Primera-parte-la-educacion-de-los-sentimientos.html>
- Copleston, F. (2007). *Historia de la Filosofía* (Vol. 7). Barcelona: Ariel.
- Corazón, R. (2010). Persona. En Á. L. González (Ed.), *Diccionario de Filosofía* (pp. 859-860). Pamplona: EUNSA.
- Cuéllar, H. (1990). *El niño como persona*. México: Editora de Revistas, S. A. de V. C.
- Descartes, R. (2004). *Discurso del método*. Ediciones Colihue SRL.
- Diéguez, J. (2019). *Formar personas libres*. Roma. Recuperado de <https://www.eticaepolitica.net/eticafundamentale/Formar%20personas%20libres.pdf>
- Fernández, C. (1979). *Enquiridión. Los filósofos medievales*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Fraile, G. (1991). *Historia de la Filosofía*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- García Casas, P. (2018). *Amor es nombre de persona en Karol Wojtyła*. Barcelona: Herder Editorial. Recuperado de <https://www.herdereditorial.com/amor-es-nombre-de-persona-en-karol-wojtyla>
- García, J. Á. (2010). *Antropología Filosófica* (Quinta). Pamplona: EUNSA.
- Goñi, C. (2010). *Breve historia de la filosofía*. Madrid: Palabra.
- Gutiérrez Rojas, L. (Director). (2021). *Familia 21—Educar y amar con humor*. Fundación FADE. Recuperado de [https://www.youtube.com/watch?v=kd6x\\_SwMJok](https://www.youtube.com/watch?v=kd6x_SwMJok)
- Juan Pablo II. (1979a). *A la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla -*. Libreria Editrice Vaticana. Recuperado de [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1979/january/documents/hf\\_jp-ii\\_spe\\_19790128\\_messico-puebla-episc-latam.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1979/january/documents/hf_jp-ii_spe_19790128_messico-puebla-episc-latam.html)

- Juan Pablo II. (1979b). *Redemptor hominis*. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana. Recuperado de [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf\\_jp-ii\\_enc\\_04031979\\_redemptor-hominis.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_04031979_redemptor-hominis.html)
- Juan Pablo II. (1981). *Familiaris Consortio*. Libreria Editrice Vaticana.
- Juan Pablo II. (1994). *Cruzando el umbral de la esperanza*. Bogotá: Norma S. A.
- Larrú, J. de D. (2019). El amor hermoso en san Juan Pablo II. *Cuadernos de Pensamiento*, (32), 167-186. <https://doi.org/10.51743/cpe.57>
- Lorda, J. L. (Director). (2015). *Trabajar el Corazón, Trabajar con el Corazón*. Iglesia en Valladolid. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=zD8NDZjINMc>
- Mann, T. (1986). *Schopenhauer, Nietzsche, Freud*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Márquez, N., & Laje, A. (2019). *El libro negro de la nueva izquierda*. Bogotá: Unión Editorial.
- Melendo, T. (1999). *Las dimensiones de la persona*. Madrid: Palabra.
- Melendo, T. (2011a). *Solución: La familia*. Madrid: Palabra.
- Melendo, T. (2011b). *Todos Educamos Mal...pero Unos Peor Que Otros* (Tercera). Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias, S. A.
- Melendo, T. (2015). *La esencia del amor humano. 2. Corroborar en el ser*. Recuperado de <https://edufamilia.com/wp-content/uploads/2015/02/Tema-2-avanzados.pdf>
- Melendo, T., & Parga, E. (2013). *Ante todo, el amor*. Missouri: Libros Liguori.
- Montessori, M. (1982). *EL NIÑO. El secreto de la infancia*. México: Diana, S. A.
- Montessori, M. (1991). *La mente absorbente del niño*. México: Diana, S. A.
- Naval, C., & Altarejos, F. (2000). *Filosofía de la educación*. Pamplona: EUNSA.
- Newman, B., & Newman, F. (1983). *Desarrollo del Niño*. México: Limusa.
- Nietzsche, F. (1999). De «Shopenhauer como Educador». En L. Moreno Claros (Trad.), *Las consideraciones intempestivas (1873-1876)*. Madrid: Valdemar.
- Otón, M. T. (2008). Formación integral. *AXIOMA*, (4), 45-45.
- Pérez-Soba, J. J. (2014). *Crear en el amor*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Pérez-Soba, J. J. (Director). (2020). *El Hombre está hecho para Amar, porque es hecho por Amor*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=8j4rJQ-lwMA>

- Pérez-Soba, J. J. (Director). (2021). *24/05 Sesión mañana La Educación de la Afectividad*. Universidad de Navarra. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=qeckNcWz6PI>
- Pieper, J. (2017). *Las virtudes fundamentales*. Madrid: Ediciones Rialp, S.A.
- Rousseau, J.-J. (2010). *Emilio; Ó, De La Educacion*. Nabu Press.
- Sánchez León, A. (2011). El amor como acceso a la persona: Un enfoque scheleriano del amor. *Veritas*, (25), 93-103. <https://doi.org/10.4067/S0718-92732011000200006>
- Santo Tomás de Aquino. (1968). *Suma contra Gentiles*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Santo Tomás de Aquino. (1988). *Suma de Teología* (2.<sup>a</sup> ed.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Sartre, J. P. (2009). *El Existencialismo Es Un Humanismo*. Barcelona: Edhasa.
- Scheler, M. (1996). *Ordo amoris*. Madrid: Caparrós editores.
- Seifert, J. (1983). *Verdad, libertad y amor en el pensamiento antropológico y ético de Karol Wojtyla*. Recuperado de <https://dadun.unav.edu/handle/10171/12054>
- Urdanoz, T. (1988). *Historia de la Filosofía*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Urdanoz, T. (1994). *Historia de la Filosofía* (2.<sup>a</sup> ed.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Wojtyla, K. (2008). *Amor y responsabilidad* (Vol. 35). Madrid: Palabra.
- Yépez Stork, R. (1996). *Fundamentos de Antropología*. Pamplona: EUNSA.
- Yépez Stork, R., & Aranguren Echeverría, J. (1999). *Fundamentos de Antropología* (IV). Pamplona: EUNSA.